

ESTE NO ES OTRO CUENTO DE BRUJAS.

Ya me lo había dicho, que en Tierra alta córdoba, pueblo pequeño de extrañas costumbres existían brujas, pero que iba yo a creer en eso, si desde siempre se contaban historias escalofriantes en cada lugar de la región de Colombia, ¿por qué este viejo municipio iba ser diferente? Que la llorona, que la patasola, que el sombreron, que el cazador, que juan machete, que los duendes, que el silbón, hasta el son de hoy nunca me había topado con ninguna de esas tonterías, desde que estudiaba en el colegio siempre fui escéptico para estas cosas, en clase de literatura me dormía en el pupitre, justo en el momento en que la profesora nos leía alguna leyenda de esta. Yo no entendía como mis primos les gustaba reunirse en vacaciones en la casa de mis abuelos Pello y Fidelina, para relatar historias de brujas, yo en cambio prefería hacer otra cosa que me distrajera. Este era yo, el mismo viejo incrédulo y terco como muchos me conocen, aunque elegiría que me llamaran el macho Dimas, a mis 42 años de vida, nunca había tenido una experiencia así parecida, igual que el apóstol Tomas, soy del antiguo refrán que reza, <hasta no ver, no creer>. Pero esto no fue sino hasta el año 2015, cuando me encontraba trabajando en una empresa de minería. Como esta empresa quedaba tan distanciada de la sociedad, vivía en una casa en compañía de algunos compañeros de trabajo que llevaban cerca de 15 años trabajando al servicio de esa empresa, yo era novato aquí, los mismo compañeros de trabajo me contaron que esta no era una casa como todas otras, a los muertos se les respetaba y hasta velas se les ponía, porque eran ellos quienes los levantaban por las mañanas tocando la madera de la cama para que fueran a trabajar. Mi risa no pudo esperar, me le burle en la cara a don Manuel García cuando me lo dijo, pero solo a él se le ocurrirían estas pendejadas. Recuerdo que le dije, que eso era puro cuento de vieja chismosa. A la madrugada siguiente no escuché absolutamente nada o tal vez sería que caí rendido en la cama como un plato de cocina cae en el suelo y dormí como un bebe por el agotamiento del duro trabajar. Mi madre siempre decía que tenía el sueño pesado, que ni un ferrocarril podría levantarme. Para mi desgracia me levanté demasiado tarde y como es natural llegué rosando la 6:30 a la empresa. Pero afortunadamente era viernes.

A la salida del trabajo, Manuel García y un grupo de colegas me convidan a un par de tragos en la cantina de María Josefa, accedí porque después de tanto trabajo nunca cae mal un par de cervezas en el estómago, pero fue lo peor que pude haber hecho después del suceso que se me presentaría esa noche.

Estando en la cantina reunidos, llegaron dos amigos más de Manuel García, quien los convido a quedarse a tomar. Después de media caja de cervezas, don Manuel les contó sobre mi incredulidad hacia las brujas, uno de los amigos, me quedo mirando con ojos de asombro y el otro amigo relató una de las historia que a él le había sucedido. Nos comentó, que hace mucho tiempo mientras caminaba por las calles de tierra alta a arriar agua en compañía de su hermana Linda Carolina, cada uno llevando un burro. Una vieja de nariz respingona y un tanto jorobada, vestida con trapos desgastados se les acercó y les hizo un par de preguntas, ellos muy amablemente respondieron porque sabían que aquella señora no era más ni menos que una bruja, pero no mostraron el miedo porque sabía que si lo hacían, algo muy grave podía pasarles. Para cuando la bruja se fue, y ellos voltearon la vista atrás. Los dos burros que ellos llevaban para cargar el agua, se encontraban alborotados, rechinaban los dientes y resoplaban de miedo y los tanques de agua que antes estaban llenos, ahora estaban completamente vacíos, pero no había agua derramada en la tierra en la que ellos se encontraban de pie.

Por supuesto, que iba yo a creer en esos cuentos, miré el reloj y noté que era ya las 11:30 de la noche, así que resolví volver a casa en compañía de don Manuel, decidí que lo mejor era que yo condujera el Campero Toyota Landcruiser, porque fui el que menos ingirió alcohol. Rumbo a casa siento que el viaje se ha hecho más largo que en días anteriores. La radio entonaba un vallenato del viejo compositor Gustavo Gutiérrez (mi novia querida), pero de un momento a otro se apaga. Caigo en la cuenta que ya había pasado tres veces por el mismo lugar, detengo un minuto el carro y me quedo mirando fijamente la calle, la cual se veía más angosta de lo habitual, siento como el frio de la noche me mete una bofetada, pongo en marcha nuevamente el campero y volteo la cara hacia don Manuel, pero este se encontraba dormido en el asiento del copiloto, sin embargo veo algo muy extraño en él, algo que me deja desconcertado, su

rostro no es el mismo, más bien parecía una mujer mayor, de piel arrugada y nariz fileña, aunque no puedo verlo claramente, por la negrura de la carretera y las luces del carro. Me atemorizo, pero no me acobardo y trato de quitar esos pensamientos de mi cabeza, al poner los ojos nuevamente en la carretera, veo que hay dos calles en forma de “Y” delante mío, jamás había visto esta parte del camino, me encontraba más confundido que un daltónico tratando de armar un cubo mágico, desvío nuevamente la vista hacia mi compañero de viaje y de pronto, es como si sus ojos me hubiesen mirado fijamente, así que intento llamarlo, pero me doy cuenta que está más rendido de la borrachera que lleva encima. Nuevamente detengo el carro por un instante, y me bajo de este para orinar, dirijo la vista hacia don Manuel y su cara sigue extraña, me quedo contemplando los arbustos que se movían bruscamente, poseídos por las ráfagas de viento, siento un extraño cosquilleo en mis piernas, como si algo hubiese pasado rápidamente por mis pies, de inmediato se me eriza la piel de solo imaginar lo peor, pero ¿qué carajos está pasando?, me repito constantemente en la cabeza. Subo al carro y recuerdo lo que mi abuela nos decía para cuando las cosas andaban mal. Así que me quito el suéter rojo que llevo puesto y me lo coloco al revés con la etiqueta para afuera, así mismo con la cachucha que tenía puesta, luego me persigno y repito una corta oración. Miro el reloj nuevamente y veo que solo habían pasado 5 minutos desde que salimos de la cantina, pero sentía como si hubiese transcurrido cerca de media hora. Pongo en marcha el campero, ahora las calles se veían claras y reconocibles y don Manuel se había despertado y como si nada hubiese pasado, dijo – ¡qué bueno que llegamos salvos y sanos a casa!

J.M. López